

De la felicidad, ¡Líbranos Señor!

I

Escritores hay que emborronando cuartillas sueñan con alcanzar esa inmortalidad que está reservada sólo para los príncipes del Parnaso... Rufaldo Bracamonte era uno de esos individuos.

Rufaldo fue siempre un sujeto melancólico. A veces, conversando con sus buenos amigos, hacía íntimas confesiones como ésta:

—Ustedes me encuentran simplón porque estoy perennemente triste; pero yo me pregunto por qué no debía de estarlo si nací con tan mala estrella. De sobra saben que mi madre murió de parto sin haber tenido la dicha de conocerme y mi padre, a quien yo quise tanto, se fue de este mundo cuando más lo necesitaba.

Rufaldo jamás dejó de lamentar la desaparición de su progenitor, en quien veía la encarnación de todos los valores que él pretendía emular. ¡Cómo lo extrañaba!

Fue su padre un personaje muy estimado en la comunidad lugareña. Le llamaban "El Calderón de la Lancha", y todo, porque cuentan que en una de sus etílicas inspiraciones escribió un sainete religioso, especie de auto sacramental de baja calaña, para ser representado durante la Semana Santa en el jardín infantil de la localidad y en cuyo estreno él mismo hizo el atrevidísimo triple papel de Jesús, de Judas y de la mujer adúltera. Mas, debido a que el párroco de entonces, lleno de genuina indignación, puso el grito en el cielo en contra de la divertidísima obrita, calificándola de escandaloso y mayúsculo sacrilegio, el tal sainete religioso nunca más apareció en tablado alguno. Pero como bien dice el refrán que "al que entre la miel anda algo se le pega", su hijo Rufaldo contrajo la misma enfermedad literaria y teminó escribiendo historietas y cuentos para atenuar su decaimiento de espíritu.

En ciertos momentos la languidez de Rufaldo se disipaba casi por completo para dar paso a fugaces chispazos de euforia. Ello ocurría cada vez que él, cara a cara con su propia intimidad, se confiaba este gran secreto:

—¡Un día voy a ser galardonado con aquello que tanto anhelo!

Lo que de esa manera monomaniaca ambicionaba era nada menos que el "Premio Angel Bocanegra", que se otorgaba anualmente al mejor cuento de toda la comarca.

En honor a la verdad, hay que decir que Rufaldo había concursado en tal certamen en cuatro ocasiones anteriores, con resultados invariable-

mente desastrosos. Esto, a pesar de haberle implorado al santo de su devoción, San Expedito, que le concediera el milagrito. Hay que agregar, eso sí, que su rosario de fracasos había hecho de él un auténtico profesional en aquel enfermizo juego y lo había dotado de nuevos bríos para participar por quinta vez en el siguiente certamen que ya se avecinaba.

Rufaldo, que atribuía sus sucesivas derrotas literarias a los oídos sordos de su santo predilecto, con el propósito de asegurarse de que su próxima participación sería la definitiva, resolvió realizar un esfuerzo sobrehumano, hercúleo. Le pidió prestada al cura de planta, don Agustín Garfio, su gramática latina y, sin titubeo alguno, se puso a prender la divina lengua de Calígula y Nerón.

Una semana más tarde, subía Rufaldo, con paso redoblado, las escalinatas de la célebre iglesia. Tal era su prisa que ni siquiera se acordó de quitarse el sombrero al entrar en la morada de Dios. Y tan pronto se encontró ante el camarín de su santo, empezó con un inclemente e interminable bombardeo en macarrónico latín.

San Expedito, al oír aquellos altisonantes ruidos, plagados de garrafales y vergonzosos errores tanto de morfología como de concordancia de toda índole, sulfurado y lleno de incredulidad, se quitó las antiparras y se frotó los ojos. Mas, al percatarse de que no se trataba de ningún maleante borracho que hubiese llegado a robarle las moneditas de cobre que calmadamente dormían en el fondo de su rústica alcancía, le prodigó a Rufaldo una sacratísima y picarona sonrisa, pues en los cuatrocientos años que llevaba atrapado en su incómodo camarín jamás había visto sinceridad más ingenua. Y allí mismo el bueno de San Expedito decidió conceder aquello que en jerigonza se le imploraba y que, por lo demás, no le reportaba desembolso pecuniario alguno.

De modo que el milagro no tardó en manifestarse. El cuento de Rufaldo Bracamonte, con el originalísimo título de "Vida, pasión y muerte de la tercera mujer de nuestro señor alcalde", firmado con el no menos originalísimo pseudónimo de Cabra de Monte, se alzaba a los pocos días con el prestigioso premio "Ángel Bocanegra". Y tanto bombo le dieron los periódicos al trascendental acontecimiento que Rufaldo se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en el narrador más ilustre y admirado de toda la región.

Entre otros honores, el conspicuo autor recibió un telegrama del gobernador, cuyo tenor literal rezaba así:

Distinguidísimo y Benemérito
DON RUFALDO BRACAMONTE:

FAVOR COMPARECER PALACIO GOBERNACIÓN
ACEPTAR GALARDÓN

Arduo y complicado sería describir el júbilo inconmensurable que experimentó Rufaldo en aquel instante. Lo cierto es que a los tres días y a lomo de mulo ya se había trasladado a la capital, donde luego de escuchar los marciales acordes del himno nacional, de rigor en tales casos, el Señor Gobernador Don Porfirio Becerra le hizo entrega de un valioso pergamino y le unció la tradicional corona de laureles.

Mas, he ahí —¡Oh ingrata Fortuna que todo lo trastornas con tu caprichosa rueda!— que al día siguiente, a eso de las seis de la mañana y antes de que despuntara el rubicundo Apolo, Rufaldo Bracamonte fue hallado muerto al pie de la altísima torre de la iglesia capitalina, aferrado a su codiciado pergamino y con una franca y larga sonrisa dibujada en los labios.

El peregrino suceso desconcertó a medio mundo, y la policía, precavida como suele ser, a fin de no verse involucrada en fatigosas pesquisas, en menos que canta un gallo, emitía el siguiente parte:

Después de una laboriosa y exhaustiva investigación, hemos llegado penosamente a estas conclusiones:

- Que el difunto don Rufaldo Bracamonte no fue asesinado porque, siendo un manso cordero y muy apreciado en todos los círculos sociales, carecía de enemigos declarados.
- Que lo único sensato de inferir es que se trata de un mero accidente: don Rufaldo debe, sin duda alguna, haberse desbarrancado desde el campanario de nuestra gloriosa iglesia ya que tan maltrecho estaba su cadáver.

II

Aquella tragedia me aguijoneaba dolorosamente la sensibilidad puesto que yo era ni más ni menos padrino de confirmación de Rufito, como solía llamarle. Por eso, aunque al principio acepté con resignación las circunstancias que rodeaban la muerte de mi ahijado, tal como constaba en el parte policíaco, luego de leer repetidas veces aquel documento oficial, me empezaron a asaltar ciertas sospechas. Eso de calificar de "mero accidente" la muerte de nuestro descalabrado cuentista ya no me convenía para nada, y fue entonces que resolví llevar a cabo mis propias investigaciones al respecto.

Pedí permiso a las autoridades para que se me dejara entrar en la morada del finado, lo cual, por suerte, me fue concedido sin mayores dilaciones. Pocos minutos después penetraba yo en casa de mi ahijado. Allí, con gran meticulosidad, busqué y rebusqué en todos los rincones cualquier detalle, por insignificante que fuese, que pudiera auxiliarme en

mis pesquisas. Pero todo resultó infructuoso. Sin embargo, cuando ya me disponía a marcharme con el firme propósito de olvidarme para siempre de aquella tarea que voluntariamente me había impuesto, tuve la buena ocurrencia de levantar el colchón de su desvencijado catre. Fue así como topé con un descolorido cuaderno, en cuya portada se hallaba la siguiente inscripción: DIARIO LITERARIO DE RUFALDO BRACAMONTE.

Con cierto nerviosismo, tomé el cuaderno y me lo llevé a casa. ¡Y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que en aquel diario se encerraba la verdadera clave del singular misterio! En efecto, en las últimas páginas que Rufaldo había escrito días antes de recibir el galardón, se leía:

“PRODIGIOSO SUEÑO”

Anoche soñé que mi padre, en cumplimiento de un seráfico deseo mío, había descendido desde las alturas para venir a visitarme en este recodo del mundo en que vivo. Yo, para hacerle la estadía lo más placentera posible, me propuse llevarlo a cuantos sitios y parajes pude imaginar.

Charlando con él cerca de la ventana de mi casa, desde la cual se veían las afueras del pueblo, le dije:

—Dudo que sobre la faz de la tierra exista un ser más feliz que yo . . . Lo tengo todo . . . Hasta me van a galardonar.

—Umm— murmuró mi padre.

Nos pusimos luego a contemplar el paisaje en silencio. Largo tiempo debe de haber transcurrido antes de que yo exclamara emocionado:

—¡Mañana te llevaré a la capital para que compruebes por ti mismo cómo el ingenio de los dioses se ha unido al de los hombres para crear indescriptibles maravillas!

Y continué soñando que al día siguiente nos levantábamos con el alba y partíamos hacia nuestro destino.

Ya en la metrópoli y tras visitar incontables lugares, optamos por subir a la terraza de un edificio muy alto, desde la cual se dominaba un mundo verdaderamente increíble.

Extasiados, dirigimos la mirada hacia todos los puntos cardinales.

Contemplamos ejércitos de casas construidas sobre los cerros y escuchamos la callada música que destilaba el portentoso panorama que se extendía a nuestros pies. Notamos, en seguida, la presencia de racimos de letárgicas garzas que bordaban delicados y caprichosos arabescos en el apacible cielo. Todo aquello era una feria para mis enternecidas pupilas y me acongojaba pensar que en algún momento podría despertar de mi extraordinario sueño.

Mi padre observaba y meditaba sin pronunciar una palabra.

Me daba cuenta de que él se sentía plenamente satisfecho ante la absoluta y sobrecogedora armonía que endulzaba nuestros sentidos.

Tuve la hermosa sensación, entonces, de que mis brazos se alargaban y de que mi espíritu hacía esfuerzos por remontarse en un vuelo incontenible.

En ese instante, no pudiendo ya soportar tanta felicidad y equilibrio, me lancé súbitamente al vacío.

Aún recuerdo la cara de mi padre antes de saltar. Creo que ya lo presentía y aprobaba.

Al leer en el diario de Rufaldo esas últimas palabras, noté que varias lágrimas furtivas me empañaban la vista. Eran lágrimas de alegría, de la alegría de haber hecho un hallazgo de gran resonancia, pues, ¡quién hubiera creído que la felicidad pudiera ser, en ciertos casos, más perniciosa que la peor enfermedad con que Galeno, Hipócrates y Esculapio hubieran tenido jamás que enfrentarse!

Jorge Kattán Zablah

Jorge Kattán Zablah es ensayista y narrador salvadoreño. Además es Director del Departamento de Español, Defense Language Institute, Monterey, California.